

## Discurso en el Grupo escolar «Mare Nostrum»

16 de mayo de 1921

Valencianos, amigos míos:

Una de las mayores satisfacciones que puede sentir un literato, es ver que el título de uno de sus libros lo dan no a una calle, no a un monumento ostentoso, sino a una escuela, a lo que, como antes os decía mi amigo Llagaria, representa el porvenir, que es a modo de un templo de las generaciones futuras: es, en una palabra, el lugar donde se moldea el alma, donde se moldea el carácter de la España del porvenir.

Yo acepto con gusto esta designación, no por mi novela, porque mi novela no ha sido más que un libro que ha buscado el rótulo, que ha buscado un título en una de las manifestaciones que podemos decir geográficas y que afectan más profundamente a nuestra historia, la historia de nuestro pueblo.

Todos vosotros sabéis lo que es «Mare Nostrum». «Mare Nostrum» es el Mediterráneo, es ese mar que tenéis vosotros. Nosotros, señores, somos españoles porque pertenecemos a España y porque amamos a España y porque deseamos para ella toda clase de prosperidades y de gloria.

Pero aparte de nuestra nacionalidad española, tenemos una nacionalidad menos concreta, más vigorosa, más ideal, pero que existe muchas veces; nosotros somos mediterráneos.

Yo puedo deciros (porque soy un gran viajero) que he recorrido todo ese mar que veis ahí. Yo he visto las costas de Italia, las de Provenza; yo conozco la Grecia, la Turquía, la Asia Menor; yo conozco Egipto, yo conozco Túnez, África y Marruecos: es decir, todo el contorno de ese mar que se ha comparado a un saco que tiene por boca el estrecho de Gibraltar y que tiene por fondo todas las costas de Asia.

Yo puedo deciros que cuando he viajado por el Mediterráneo he encontrado Valencia en todas partes. Hasta concretaré más: he encontrado el Grao y Cabañal por todas partes. En todos los puertos del Mediterráneo veis el mismo hombre moreno, de cara inteligente, y las mismas mujeres de grandes ojos y tez pálida que se ven en Valencia; y veis sobre todo la misma propensión al arte. En todas las orillas del Mediterráneo, si el arte no existiera, lo volverían a inventar otra vez.

Porque veis que todo marino y todo pescador que no viajan, cuando están en la playa, instintivamente empiezan a trazar figuras en la arena, copiando las líneas artísticas de

todo lo que les rodea. Veis en todas las playas del Mediterráneo que cuando pintan las barcas, se destaca el mismo sentido artístico de los antiguos griegos, que construyeron sus trirremes.

Veis cómo, cuando construyen sus casas, su misma casa, tienen algo de esas embarcaciones que durante siglos y siglos han surcado el Mediterráneo, siendo portadoras de la civilización.

Yo os digo, señores, que me siento orgulloso de ser español, porque España descubrió medio planeta y además dio la vuelta a todo el universo. Fue el primer país que demostró la redondez de la tierra.

Pero me siento orgulloso al mismo tiempo de ser mediterráneo, porque este «Mare Nostrum», en cuyas riberas vivimos, es sencillamente la historia de la civilización. El hombre empezó a civilizarse en las riberas de este mar. El hombre aprende y navega y tiende sus velas al viento en este mar.

Todo ha salido de aquí. ¿Sabéis por qué nosotros somos decadentes? ¿Sabéis por qué ocupamos un segundo lugar en estos momentos? Porque los hombres del Mediterráneo somos la aristocracia de la humanidad.

Llevamos tantos siglos de grandeza, que el hombre no puede estar cuarenta siglos dirigido por el Mediterráneo y ahora han entrado naciones más ricas, más poderosas, pero que no tienen nuestro abolengo ni pueden presentar una historia grande de civilización como la nuestra.

Todo ha salido de aquí.

El mundo sigue pensando todavía, después de tres mil años, igual que empezó a soñar y a cantar una pequeña república de marinos que está en el fondo del Mediterráneo; pobres que se alimentaban con aceitunas y con pescado seco, pero que al mismo tiempo poseyeron el cerebro más poderoso que se conoce en la historia.

Todos vosotros habéis comprendido que hablo de la república de Grecia y especialmente de aquella Atenas inmortal.

Del fondo del Mediterráneo ha salido el pensamiento que todavía está rumiando la civilización más poderosa de la época actual.

Ningún poeta épico ha ido más allá de Homero; ningún teatro más allá de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Ningún poeta ha ido más allá de Píndaro; ningún satírico más allá de Aristófanes.

Todos los filósofos, toda la filosofía actual, está basada en lo que filosofaban aquellos hombres que paseaban por los pórticos de Atenas y se llamaban Sócrates y Aristóteles: hombres todos que constituían la inmensa pléyade de pensadores que forman la filosofía griega.

Del mismo modo, señores, todas las religiones existentes hoy en día, todas vienen de las tres religiones monoteístas que han surgido del Mediterráneo: el judaísmo, el cristianismo y el mahometismo, que son tres religiones mediterráneas igualmente.

Todo lo que existe viene del «Mare Nostrum», viene de nuestro mar.

Grandes civilizaciones modernas, poderosas, gigantescas, como los Estados Unidos, cuando vuelven la vista atrás se inclinan con la humildad del discípulo, reconociendo que el Mediterráneo ha sido el mar de donde han salido todos los maestros de la tierra.

Hacéis bien en fundar una escuela con el nombre de «Mare Nostrum».

Yo le deseo toda la prosperidad, toda la sabiduría mediterránea, el buen sentido mediterráneo, el amor a las artes y a las letras de todo lo que constituye el espíritu de los hombres modernos del «Mare Nostrum», que hace unos años soñaron los hombres rubios del Norte acabar con ellos para siempre; este mar Mediterráneo, que es el mar de las artes, pero que cuando necesita hombres de guerra produce un hijo de las Baleares, que se llamaba Aníbal, y otro hijo de un abogado sin pleitos, de Córcega, que se llamaba Napoleón Bonaparte; este mar Mediterráneo que lo produce todo, hasta los hombres de guerra que conoce la historia; este mar Mediterráneo, es el mismo en que se coloca bajo su advocación esta escuela que hoy inauguramos.

Yo vengo de un país, señores —me refiero especialmente a los maestros que me escuchan—, un país que no solamente es grande porque es la nación más poderosa de la tierra, como potencia agrícola, y la nación más poderosa como potencia industrial, sino que es grande también porque es el país que dedica más dinero a la enseñanza, el que proporciona mayores medios a la enseñanza y no la proporciona como nosotros, pobres naciones atrasadas, que necesitamos del gobierno o de las corporaciones oficiales subvenciones para la enseñanza, porque parece que tenemos miedo de que si el gobierno no las subvenciona, los particulares no la atenderían; sino que por el contrario allí la enseñanza, en los Estados Unidos, en la América del Norte, la enseñanza es el mismo particular quien la sostiene.

Fuera de las escuelas primarias que sostienen los ayuntamientos, hay 500 universidades en los Estados Unidos, y esas universidades son a modo de casinos, es decir, mil o dos mil individuos que dan una cuota mensual para sostener universidades que son inmensas. Ahí veréis lo que significa la enseñanza para los países modernos, lo que ponen la ciencia, la instrucción, todos los conocimientos difundidos, no al alcance de una clase especial, que venga a ser una especie de mandarinato dentro de la sociedad, sino esparcido por todo el mundo, porque los seres humanos, del mismo modo que tienen derecho al aire para respirar y al sol para que caliente sus miembros, tienen derecho a la instrucción, a la ciencia y al arte para engrandecer su alma y para alegría de su vida.

Yo, señores, voy a terminar. Cada vez que yo asisto a una inauguración de escuelas, miro a los maestros y se me ocurre una imagen, la imagen de un río y de sus orillas.

El río es la humanidad. Imaginaos generaciones y generaciones de muchachos que se suceden como las aguas de un río. Vosotros, los maestros, sois las orillas. Estáis inmóviles. Los torrentes de la humanidad pasan entre vosotros; las generaciones se suceden y vosotros encauzáis esas generaciones y les dais curso.

Imaginad lo que representáis vosotros para el porvenir. Yo sé bien que por desgracia para nuestra patria, vosotros no ocupáis el lugar que deberíais ocupar.

En un país bien constituido, el hombre que escribe novelas y el hombre que escribe libros de ciencia y todo el que produce, debía producir por la noche. ¿Y sabéis qué debíamos ser todos de día? Pues maestros de escuela.

Eso sería una nación bien organizada,

Por desgracia no hemos llegado todavía a ello.

El maestro de escuela que aquí no es atendido tal como debe, allí ocupa en la sociedad un alto rango, pues tiene un deber, un deber de una inmensa importancia que cumplir.

El futuro, la sociedad futura, será lo que quiera el maestro de escuela actual.

Yo oía antes, con mucho gusto, la explicación que contra la excesiva bondad os hacía con tanta elocuencia el orador que os ha hablado antes.

Yo creo lo mismo. Yo creo que, como ocurre en las grandes democracias, hay que ser obedientes y subordinados, cuando se ha llegado ya a un acuerdo, cuando hay la conformidad de la mayoría por el establecimiento de una ley; pero que mientras no llegue este momento, hay que discutir, hay que examinar las cosas. Hay que ser, en cierto modo, un poco rebelde, para llegar finalmente a conseguir aquello que se considere por la mayoría que es más beneficioso para todos.

Yo os deseo, niños todos que me escucháis; yo deseo a vosotros, maestros; yo os deseo a todos los habitantes de esta ciudad mediterránea, que esta escuela sea en el porvenir algo que honre no al pobre libro que le sirvió; no al pobre escritor que lo ha hecho, sino a este «Mare Nostrum» que es uno de los títulos más grandes que existen dentro de la historia universal.